

EDITORIAL

ESPACIOS PÚBLICOS: ESPACIOS VITALES PARA EL DESARROLLO HUMANO, SOCIAL Y CULTURAL

La presente revista constituye un complemento a la anterior —dedicada a “Personas, Públicos y Audiencias”—, toda vez que ayuda a profundizar sobre el sentido que tiene el “ser persona” como parte activa de una comunidad y cultura. Esto exige comprender mejor la importancia y función que ejercen los espacios públicos en la vida y desarrollo humanos, junto al rol que en ello cumple la gestión cultural, disciplina que nos convoca.

Si se trata de una gestión cultural genuina, entonces está en juego el ser humano en toda su potencialidad, donde “lo público” se constituye en uno de los principales campos de construcción social y cultural. Así, más allá de la mera captura y/o acarreo de audiencias para llenar un determinado recinto; más allá de la producción de eventos o, incluso, de la producción de políticas públicas y culturales, son los espacios públicos los que permiten al ser humano validarse como tal, interactuar y generar contenidos y sentidos para vivir. Es a partir de “lo público” y sus dialécticas internas desde donde se renuevan las relaciones humanas, se actualiza y enriquece la política, se construye territorio, identidad y país.

Los espacios públicos tienen un poder especial. No son cuestión de decretos oficiales ni de arquitecturas o patrimonios de moda, sino cuestiones que vivimos y definimos nosotros mismos, allí donde nos re-unimos colectivamente por alguna razón de ser. Hay múltiples causas y efectos que pueden surgir, tanto desde la intimidad como desde la sociabilidad de las personas. Son espacios vivos de construcción de humanidad, donde se desnudan las máscaras y se ponen a prueba la ética y la estética, remodelando con ello el devenir social, político, artístico y, por ende, cultural. Son instancias aparentemente efímeras, capaces de acoger a las personas y conformar “nuevos públicos”, pulsos sociales donde cada cual se siente invitado a participar y a circular libremente, dejando sus huellas, interpretando lenguajes compartidos, aportando con códigos y discursos para enriquecer “el habla” y pensamientos que emanan de las calles, los pueblos, las

ciudades, los “sí lugares” o rincones urbanos y rurales, aquellos que tienen “alma”: aquellos capaces de tejer nuevos valores, símbolos y significados para vivir.

Se trata de espacios fundamentales, activos social, política y culturalmente, donde se puede ejercer una democracia y libertad responsables, que permiten reconocer y respetar los derechos y libertades de los demás. Entonces la voz colectiva se hace cuerpo y manifiesta sus intenciones y demandas, sus propuestas y soluciones: sus creaciones para despertar conciencias. Así se construyen opiniones que van creando nuevas exigencias y visiones de sociedad, de territorio, de país y de mundo, que ayudan a comprender mejor nuestro propio contexto local-global, actualizado y (re)vitalizado. Gracias a ello, las ciudades y pueblos se pueden mantener vivas, atractivas e interesantes de ser habitadas.

Dicho lo anterior, los desafíos para la gestión cultural son enormes. Ella debe saber operar al servicio de la existencia, vitalidad y vigencia de los espacios públicos, donde las personas puedan efectivamente llegar, participar libremente, potenciarse y dignificarse como tales. Se trata de contribuir a una constante renovación de los “contratos sociales”, de los espacios comunes abiertos a la comunidad —sin discriminaciones—, sabiendo respetar y valorar la diversidad, favoreciendo los encuentros, la comunicación y (re) creación de contenidos y sentidos para habitar mejor el territorio al que se pertenece, donde todos, finalmente, podemos ser protagonistas y arquitectos de nuestro destino.

Si la cultura es un constructo social que no se consume, sino que se vive, circula, se incorpora a la memoria y se renueva constantemente, los espacios públicos hacen lo suyo: no se consumen, sino que se construyen cuerpo a cuerpo, alma a alma, como gestos de humanidad cuyas huellas quedan impregnadas en nuestro inconsciente colectivo y, como los eslabones de una cadena, se heredan de generación en generación, gracias a una sociedad humanamente activa. ■